Francisco ROJAS GONZALEZ

Por Francisco MONTERDE

El 11 de diciembre último, al cumplirse un año de la desaparición del escritor Francisco Rojas González, se efectuó una velada conmemorativa organizada por el Bloque de Obreros Intelectuales. Hablaron en el acto los señores Juan Manuel Germán Parra y Alberto Pulido Silva.

LA Universidad Nacional Autónoma de México me ha honrado singularmente al comisionarme para pronunciar estas palabras en el homenaje que aquí se rinde esta noche a la memoria de Francisco Rojas González, de quien, sin duda, fuimos amigos y seguimos siendo admiradores aquellos a quienes ahora agrupa su recuerdo.

Esa designación hecha en mi favor me sorprendió un poco, al conocerla, porque pensé que hay en la misma Universidad y entre quienes trabajaron con él, entre sus compañeros de tareas, personas más indicadas para traer su contribución a este homenaje, y, al que, debe luego, me habría unido espontáneamente. Sólo me explico esa designación, inmerecida, por el hecho de que fué precisamente en el campo de actividades universitarias donde, aparte de una amistad que partía de preferencias literarias afines, trató con mayor frecuencia a Rojas González; sobre todo en los diez últimos años de su vida. Me complace, pues, hablar de él como universitario.

Sus conexiones con la Universidad se afirmaron a través del Instituto de Investigaciones Sociales, del cual fué investigador.

Desinteresado, como tienen que serlo quienes trabajen para una de nuestras universidades, ya sea de la capital o de los Estados de la República, porque a la devoción por ese trabajo, en sí, tiene que ir unida una abnegación que a veces llega al sacrificio, Francisco Rojas González, que laboró en la Universidad desde 1934, con una sola tregua de fines de 1946 a principios de 1947, tuvo, como sueldo inicial, una remuneración de $30.00 mensuales, en su cargo de investigador que conservó hasta su muerte, y en los dos años inmediatos sólo obtuvo un aumento de $15.00. Durante los nueve años que van de principios de 1937 a fines de 1945, su remuneración, al ascender de categoría, fué de $10.00 diarios; de 1946 a 1949 ganó unos $ 500.00 mensuales, y sólo al iniciarse el año universitario de 1950 disfrutó del sueldo de investigador de carrera, que primeramente fué de $ 1,200.00 mensuales, y en el último año de su existencia aumentó a $ 1,380.00.

He querido recordar estos datos, no sólo para mostrar la línea ascendente que siguió a lo largo de diecisiete años de servicios en la Universidad Rojas González, que fué elevándose por sus propios méritos como investigador científico, hasta alcanzar la cima a la cual puede aspirar dignamente quien se consagre a tal empresa. Lo he hecho también para que se advierta a través de esa escala ascendente que sólo en dos años, los últimos, recibió la recompensa pecuniaria a la cual tenía derecho con anterioridad, aunque una situación económica, difícil para la Institución, hubiera impedido gratificarlo desde antes como merecía.

Quienes trabajaron con él y los que como yo, en relaciones de tipo editorial universitario, vimos de cerca su labor, sabemos bien que fué tan eficaz en aquellos años en que estaba escasamente remunerado, como en los últimos en que percibió la remuneración justa por sus esfuerzos. Rojas González fué siempre un investigador que mantuvo en tensión constante su espíritu, en gran parte porque tal era su vocación definida. Esa tarea universitaria le permitía estar en contacto con los humildes, en la ciudad y en el campo. Observar de cerca, no sólo sus usos y costumbres sino sus virtudes y sus defectos. Como investigador científico y como escritor que se apoya en la realidad para estilizarla en sus relatos, su maestro por excelencia fué el pueblo mismo. Aunque reservara para sus estudios de carácter universitario, preferentemente, los resultados de sus observaciones, desde el punto de vista social no podría deslindarse fácilmente la parte científica de la específicamente literaria: dejó en sus artículos publicados en monografías y revistas especializadas —la que eru órgano del Instituto mencionado, en particular— aquello que correspondía a los aspectos que más directamente se relacionaban con su misión investigadora, muchas de sus observaciones de carácter social, recogidas en sus peregrinaciones por tierras que habitaban descendientes de altivos tarascos, de recios zapotecos o de otras regiones, y a la vez acumuló materiales que supo aprovechar debidamente en sus narraciones, breves o extensas.

Esto lo saben mejor que yo quienes han estudiado su obra en conjunto, y sólo ha podido asombrar a aquellos que desde el exterior, sin ese antecedente de la tarea científica universitaria, tienden a pretender explicarse la tónica imperante en cuentos y novelas, pues no quería separar las preocupaciones sociales de las puramente estéticas en su obra. Lo sabrán también quienes se dediquen a recopilar sus escritos, con el laudable propósito de hacer algún día la edición de sus obras completas, que sería el homenaje perfecto a la memoria del investigador, del hombre de letras, a quien honramos provisionalmente con este acto. Para confirmar lo anterior, bastará por ahora con la formación de su bibliografía original y crítica.

Mas todo esto cae fuera del campo de lo universitario a que debo limitar mis palabras. Tampoco puedo por eso entrar en la zona íntima de los recuerdos personales, entre los que figura, ahora amplificado por la ausencia definitiva, el de nuestra última charla, sentados a la misma mesa, en la noche en que se rendía homenaje merecido al licenciado Jesús Silva Herzog; noche en la cual salimos juntos de la reunión y nos separamos en la Avenida de los Insurgentes, sin que yo sospechara, al alejarse él, que aquella despedida era la última. Tampoco puedo incluir en estas palabras algunas suyas en las que me hizo partícipe de sus proyectos, largamente acariciados, para integrar un tríptico de novelas en torno a tres figuras femeninas, de las que sólo dos conocemos. De eso y algo más habrá quien hable y escriba, acerca de Francisco Rojas González y su obra.

Yo debo concluir con la afirmación, hecha con directo conocimiento de causa, por haber sido lector de muchos de esos originales, de que mantuvo siempre la pulcritud y el decoro que distinguen a los verdaderos escritores, a los que tienen un mensaje que trasmitir con sus creaciones: esas creaciones que son, a la vez, del espíritu y del tesón de cada día; por eso me solidarizo con los organizadores de este homenaje: homenaje que rinde el "Bloque de Obreros Intelectuales" a quien fué, en el sentido más alto y noble de la expresión, como investigador y como letrado, un intelectual obrero.

La MAGIA de las VELAS

Por Germán ARCINIEGAS

LIBROS YERBAS Y OTRAS PATRAÑAS

EN esta iniciación del Harlem portorriqueño me ha guiado, como el hermano mayor, Jesús Gelindez. Y cuando me ha llevado a la tienda de las velas he visto en su cara de vasco honesto e intransigente —que se me perdone tanto pleonasmo— un gesto de repugnancia. "Eso no es auténtico —me dice—: vea qué modo más indigno de comerciar..."

En realidad, los del negocio no son auténticos magos. Son auténticos comerciantes. Pero la gente que llega a comprar las velas sí es auténticamente crédula. Por ahí no hay turismo. Hay la comunicación directa entre el que fabrica y vende las velas de colores, y el negro y la morena, y el simple portorriqueño que las compra.

En la gran tienda de las velas hay muchos libros en inglés. Unos cuantos títulos darán buena idea de lo que se ofrece: *Andy Almanac, Seven keys to Power, The Master Book of Candles, Leyenda of Incense, Herb and Oil Secrets of the Psalms, Six and Seventh Book of Moses...*

En libros de sueños la variedad es inmensa. Están los de la Estrella Afortunada, el del Exito, el Polaco, el del Rey Tut, el de los el policía, el del Príncipe Alí, el del gato negro, el del Rajah Rabo, el Famoso de los Gitanos, el del Cuadrado Mistico, etcétera.

Un chorro de gentes desfila por la tienda comprando sus velas. Ya sabe cada cual los colores que necesita, los tamaños, las formas, los aceites que ha de usar. Hay pobres que gastan tres dólares en velas. Los vendedores tienen que multiplicarse para atender a la clientela.

Como seguramente lo sabrá el lector, los colores de las velas se basan en las tablas planetarias, y yo he tenido que acudir al *Master Book of Candle Burning*. Son así: para el domingo, amarillas; para el lunes, blancas; para el martes, rojas; para el miércoles, púrpuras; para el jueves, azules; para el viernes, verdes y para el sábado negras. Cada persona, según la fecha en que ha nacido, tiene su color de vela.

Ha una tabla de símbolos que están comúnmente aceptados, o sea de "Influencias de la vibración de los colores", que se resumen así: blanco: pureza, verdad, fuerza espiritual; rojo: amor, salud, vigor; azul claro: frialdad, control del pensamiento; azul obscuro: acidez, infortunio, depresión; verde: dinero, éxito en los negocios, buenas cosechas; amarillo oro: atracción, magnetismo hipnótico, fascinación, alegría; amarillo verdoso: celos, cobardía, discordia, etcétera. Si usted quiere saberlo todo, pues compre el libro.

El arreglo de las velas, la colocación precisa en que deben distribuirse, da lugar a estudios muy elaborados, que los autores de manuales explican de acuerdo con citas del Antiguo Testamento. El culto del fuego está en la raíz de las velas, y naturalmente puede hacerse mucha literatura sobre el tema. Lo importante es el arte de vestir las velas, para lo cual hay muchos aceites que se venden en la misma tienda. Están el aceite del espíritu dominante, el de los buenos sueños, el de alcanzar la gloria, el del arte negro, el de Cleopatra, el hindú, el del fuego de amor, el de la corona del éxito, el de la doble cruz, el de la confusión incendiaria, el del rey Salomón...

Los italianos precavidos y mágicos dicen: *Accendere una candela a Dio (o a Sant Antonio) e una al diavolo.* En el diccionario español se dan tres acepciones al velorio, con las cuales apenas se cubre un sector limitado de lo que ordinariamente nosotros ocupamos con esta palabra: Reunión con bailes, cantos y otras diversiones, que durante la noche se celebra en las casas de los pueblos, con ocasión de alguna faena doméstica; Velatorio, especialmente para velar a un niño difunto; Ceremonia de tomar el velo una monja.

Ahora los magos y los fabricantes de velas han descubierto mil matices intermedios que abarcan todo lo que a la luz de una vela puede imaginar el hombre que trata de hurgar en el mundo sin límites del misterio, de la angustia, el escape, la pasión y el ensueño.

Una tienda de libros es de esta manera: estantes, montones de cajas, imágenes de santos en policromía, inciensos, perfumes, agua florida, hojas de eucaliptus, de yerbabuena, de borraja, flores de ruda, pachuli, ojos de buey, uñas de venado, lágrimas de San Pedro, rosarios, cuentas en donde están coleccionadas las hojas de oraciones, velas, negros que entran a comprar, latinos que salen de comprar, y, además, libros.

Los libros que se venden son la *Magia Blanca*, la *Magia Negra*, la *Magia Verde*, *El Manual de Encender Velas*, la *Charada China*, la *Imitación de Cristo* y el *Almanaque Bristol*. De cómo ha podido ponerse allí la *Imitación de Cristo*, es cosa que habría de investigar. Los clientes van llegando con sus listas, exactamente como las listas que se hacen para ir al mercado, y van pidiendo un paquete de flores secas, un paquete de hojas de mejorana, la Oración del Justo Juez, la Oración de las Siete Potencias Africanas, una caja de incienso...

He comprado una cajita de incienso poderoso. Traduzco exactamente lo que dice en la etiqueta: "El incienso dominante, según lo creyeron los orientales, produce el poder de dominio en la persona que lo quema. Ellos creyeron que el humo se alzaba a los planos del espíritu con los nombres de las personas que querían dominarse. Las personas de voluntad débil no podían usarlo. Se sostuvo que los mejores resultados se obtenían cuando este poderoso incienso aromático se apartaba fuertemente en la mano derecha antes de quemarlo. Los nombres de las personas a quienes se quería dominar debían repetirse, agregando las palabras *Allah aye Allah Shinalah.*"

Seguramente la manera más segura de obtener buenos resultados con el incienso poderoso está en combinarlo con la Oración a los 7 espíritus intranquilos dominantes, que dice así (todo, textual):

"Oh! siete Espíritus Intranquilos, Sugestivos y Dominadores, vos que en el infierno estáis y al Cielo no podéis entrar por vuestros lazos con Satanás, conseguidme lo que os pido, por el poder del hombre; me teneis que conceder por las 21 lámparas que os ofrezco para que me conceda lo que os pido.

"A vosotros que nadie os llama, nadie os quiere, yo los necesito, los quiero y los llamo. Oídme. Oídme bien. Espero que se posesionen de los cinco sentidos de (F. de T.), lo intranquilicen y lo sugestionen y dominen y no le dejen estar tranquilo, que ni en silla pueda sentarse, ni en mesa comer, ni en cama dormir, que ni con blanca ni con negra, ni china ni mulata, ni casada ni soltera pueda asociarse: ni acostarse. Que corra, corra y corra y nadie le socorra hasta que tenga que venir a pedirme perdón a mis pies.

"(F. de T.) son las doce y todavía no has venido donde mí, pero tienes que venir porque los Siete Espíritus Intranquilos, Sugestivos y Dominadores te han de traer, porque así lo pido yo.

"Oh! Siete Espíritus Intranquilos, Sugestivos y Dominadores, ¡El dominante de (F. de T.) está, e intranquilícelo de tal manera, que dondequiera que tenga que venir adonde mí, y andar detrás de mí, como perro de su amo, como vivos, detrás de la cruz y los muertos, detrás de la luz.

"Oh! Siete Espíritus Intranquilos, Sugestivos y Dominadores, traedme a (F. de T.) Se dan tres patadas en el piso y se dice: (F. de T.) Ven adonde mí. Se rezan 5 Padres Nuestros y 5 Ave Marías, y no se dice Amén."

Las buenas gentecitas de esta punta del barrio de Harlem van llegando a la librería, un poco confusas, como quien se acerca a la meta en donde van a hacer sus pactos con el diablo y parecen Faustos cuando han sacado de sus bolsas los dos o tres dólares con que adquieren todos los poderes mágicos para que "ni en silla pueda sentarse, ni en mesa comer..." ¡Qué alegría les alumbra en el rostro!

La fe de la clientela acaba por convencer a los mismos que venden las patrañas. ¿Es posible dudar, si así van cayendo tantas gentes diversas? ¿No comenzó comprando estos papeles, y no los sigue comprando, aquella negra que arrastraba trenes de cajas de sardina, repletos de arena, por esas calles, cuando era niña, y ahora anda encumbrada en las alturas de un Cadillac?

Al salir de la librería, salgo pensando en mi primer libro de cabecera, el que me inició en las letras, dónde primero conocí un chiste, dónde de lei los primeros versos de Góngora, dónde supe de los hombres que anunciaban las lluvias y aprendí la maravilla de los signos del Zodíaco: el *Almanaque Bristol*! Todavía sale! Y ahí está en la librería la pila de almanaques, con su cubierta de color de sinapismo, y la cabeza del doctor Bristol que eclipsaba en mi niñez los retratos de familia...